

ACTOS DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

En la tarde del 20 de agosto celebró la Academia Nacional de Medicina sesión solemne para honrar la memoria del Profesor Eméritus de Patología General de la Facultad de Medicina, presidente que fué de la Academia, doctor Julio Manrique. Presidió el acto solemnísimamente el Profesor Eméritus doctor José María Montoya. Hubo una selecta y nutrida concurrencia de damas y caballeros, invitados especialmente a la sesión. Hizo elogio del académico fallecido, el doctor Manuel Antonio Rueda Vargas, académico de número. La Academia resolvió, de conformidad con el artículo 6º de los reglamentos, designar para ocupar el sillón del lamentado profesor Manrique, al doctor Marco A. Iriarte, Profesor-Decano de la Facultad de Medicina.

En seguida insertamos el discurso del doctor Rueda Vargas.

Señores Académicos, señoras, señores:

Rara vez en la vida coinciden, como en esta ocasión, un encargo tan ponderoso con un deseo tan ferviente de acertar. Al recibir emocionado, la designación que me hizo la Presidencia de la Academia Nacional de Medicina, de llevar la palabra en esta sesión dedicada a honrar la memoria del académico Profesor Julio Manrique, efectué en mi interior las operaciones de la aritmética moral de Benthan y la balanza se inclinó del lado afirmativo, puesto que la admiración y el cariño hacia el maestro pesaron más que mis deficiencias en el arte del buen decir. Además, es mi concepto, que el elogio de un maestro hecho por su discípulo los honra a ambos; cada palabra, cada opinión que éste profiera, va engalanada con el bello y raro manto de la sinceridad y llegan a la atmósfera serena del desaparecido a formar la aureola que sus merecimientos le construyen en el más allá.

En el acto solemne que celebra hoy la Academia de Medicina el primer sentimiento que nos anima a todos no puede ser menos de un sentimiento de dolor. Vuélvase naturalmente nuestros ojos al lugar que encontramos vacío y que ocupaba antes un tan distinguido compañero; y angustia nuestro corazón cuando contempla que no ha de escuchar otra vez la inteligente y simpática palabra, de la que hemos recibido los más, enseñanzas y preceptos, todos sin excepción demostraciones de sus cualidades y pruebas inequívocas de sincera y de benevolente fraternidad.

Pero a esta triste, desconsoladora idea, sigue muy luego otra de satisfacción y de esperanza. Se cumple aquí la ley general de la creación, que enlaza el nacimiento con la muerte; Manrique ha dejado su envoltura terrenal pero comienza a brillar de manera imperecedera en el recuerdo de las generaciones médicas, como dos puntos correlativos en el grande hecho de la existencia.

Fué Manrique una personalidad dotada de manera excepcional; la dis-

tinción de su porte de profesional francés; la multiplicidad de sus conocimientos; el brillo de su palabra seductora, cualidades puestas al servicio de "una alma grande y de un corazón de niño", hacían del maestro la figura atrayente por excelencia. Sus actividades como Profesor, sus intervenciones en las sociedades científicas, en esta Academia cuyo sillón siempre houró, en la Sociedad de Cirugía a la cual dedicó sus mejores entusiasmos de médico y de patriota, en el Hospital de San José, obra que con razón miraba como suya y en donde latió por última vez su corazón para hacerle un postrero y sublime servicio.

Conozco la Hacienda de la "Yegüera" en el Municipio de Subachoque; allí nació Julio Manrique el día 19 de junio de 1873. Una amplia casona de estilo colonial español; árboles centenarios que le dan sombra y abrigo; paz en la naturaleza y en el espíritu; la vida que se corre suave y generosa, sembraron en su alma las simientes que fructificaron después. Ese señorío, esa tolerancia, ese amor al prójimo, constituyen el medio que influyó en su actuación futura.

El doctor Carlos Manrique y doña Amelia Convers y Sánchez del Guijo, padres de Manrique, transmitieron a su descendencia sangre de hidalgos. Más como ésta no actúa como único elemento en la personalidad del individuo, al lado de ella se agregó el ejemplo, la conducta de un varón sano y fuerte, que hizo de la profesión de médico un verdadero apostolado, legó a dos de sus hijos la inclinación a la Medicina e hizo de su vida la personificación del ascetismo y de la caridad.

Hermano en la sangre y en el espíritu de esa gloria de la Medicina que se llamó Juan Evangelista Manrique, hizo de su memoria un verdadero culto y era de verlo en su visita diaria del Pabellón Manrique, del Hospital de San José, cómo oficiaba en un templo cuyo Dios tutelar fuese su hermano. Quiso y lo logró, seguir la huella luminosa que el otro le marcara y pasando a la familia médica colombiana ese apellido como sinónimo de sabiduría, de pulcritud y de eficiencia. Manrique con sobra de razón podría decir: la nobleza de mi sangre y de mi alma empezaron con mis antepasados y continuaron conmigo.

Manrique fué afortunado en las circunstancias que rodearon su educación. Hizo sus estudios en el Colegio que regentaba don Santiago Pérez, quien con otros hombres y "a pesar del flagelo y a pesar del cilicio" de esas épocas, con Rueda Jara, Santiago Samper, Herrera Olarte, Francisco Montoya, Araújo, Ramírez, etc., luchadores insignes y maestros por vocación y por convicción, iniciaron sus labores educativas en un medio hostil, sentaron las bases de la verdadera pedagogía entre nosotros, dejaron discípulos que honran el país en las diferentes actividades humanas y formaron una pléyade de patriotas, que parece, parodiando a Renán, que hubiesen sido creados por un decreto especial y nominativo de lo eterno.

Luego pasó al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario en donde terminó Humanidades. En esos claustros que todos contemplamos con respetuosa admiración, asimiló como el que más ese ambiente de meditación y de estudio, que influyen tanto en el alma y que la figura veneranda de Fray Cristóbal de Torres custodia hoy como celoso guardián.

A los 15 años de edad, bachiller colombiano, y como no fuese posible por su juventud seguir estudios superiores, aumentó el bagaje de sus conocimientos con las lecciones de Química que hiciera con don José María Vargas Vergara. Dos años después, a los 17, ingresó a la Facultad de Medicina, a seguir una carrera que amaba por herencia y por instinto. Así obtuvo el título de doctor en Medicina y Cirugía en el año de 1897.

Durante sus estudios profesionales se distinguió siempre como alumno ejemplar y comprensivo y desde allí inició la carrera del profesorado que tanto lucimiento le diera después. Practicante Interno del Hospital de San Juan de Dios en el servicio de Maternidad, ocupó más tarde la Cátedra de Obstetricia y Clínica Obstetrical en reemplazo del doctor Leoncio Barreto.

Al pasar en revista las Cátedras que desempeñó Manrique; Obstetricia, Medicina Operatoria, Patología General, Organos de los Sentidos, Higiene, Fisiología, Ciencias Sociales, Estudios Clínicos de los delinquentes locos y neuropáticos, en las Facultades de Medicina y de Derecho, en las Escuelas de Odontología, Enfermeras y Agronomía, de la cual fué Rector, en la Universidad Libre. Al conocer sus trabajos científicos sobre la Lepra, sobre Et-nología y Antropología, sobre la pobreza fisiológica de la raza chibcha, sobre régimen carcelario, sobre el choque insufínico en el tratamiento de la esquizofrenia. Al saber a cuáles sociedades científicas perteneció: Academia Nacional de Medicina. Sociedad de Cirugía. Sociedad de Pediatría. Sociedad Médico Quirúrgica de los Hospitales. Sociedad de Medicina Tropical, para no nombrar sino las Nacionales; miembro de la Junta General de Beneficencia, miembro de la Junta Directiva del Hospital de la Misericordia, no se resiste la tentación de aplicar a Manrique el aforismo latino. "Homo sum, nihil humani a me alienum puto": "Como hombre, juzgo que no me es extraño nada de lo humano", ni como médico, agregaría yo, porque Manrique comprendió la Medicina tal como es y debe ser; una ciencia abstracta, general y sin límites; que exige para desempeñarla a conciencia vastos conocimientos, emplear con ella todo el cerebro y todo el corazón y aportar en el caso concreto todas las luces que dan la razón y el entendimiento.

Manrique fué mi Profesor de Patología General y el recuerdo de sus lecciones magistrales perdurarán en mi memoria. Hacía de su clase lo que es: una verdadera Cátedra de Filosofía médica, sentando en sus discípulos las bases que complementaba más tarde Lombana Barreneche, otro filósofo de la Medicina. Su gesto convincente, su dicción amena y caudalosa atraían sobremanera. La inflamación y los tumores, la fiebre y la hipotermia, la herencia y el contagio, la inmunidad y la predisposición, fueron capítulos que Manrique hizo suyos; con las sencillas palabras de un narrador ameno o con los términos trascendentales de un científico de alta alcurnia hacía asimilar a sus alumnos esos, que fueron misterios y que hoy el hombre domina y explota en su beneficio. Allí tuve ocasión de escucharle sus teorías sobre el Contagio de la Lepra; decía con razón, que es una enfermedad hermana de la miseria, del abandono, del descuido y sobre todo de la mugre; hablaba de las casas malditas, concretando su idea en esta frase: "No le temas al leproso, temedle a la casa del leproso". El adenoma prostático, el fibronioma uterino tenían para él etiologías muy claras y conocidas.

Perfeccionó sus estudios en Francia y en los Estados Unidos. Fué alumno de Harvard y de la rue d'Escoles, captando de ambas las enseñanzas y el ambiente; mezclaba el esprit quartier latin y la sobriedad de la Sorbona con la disciplina Bostoniana.

Al lado de Hansen, quien lo distinguió con su amistad, estudió en Noruega la organización de los Leprocomios. Vino a Londres enviado por el Gobierno colombiano a empaparse en el tratamiento de Rost, el cual poco tiempo después cayó en desuso. Al regresar al país fué designado director de los Lazaretos, cargo que no aceptó sin dejar por eso de preocuparse en la Cátedra y en sus escritos por la lucha y el alivio del mal de Lázaro.

Convencido de la necesidad de propender al desarrollo de la Medicina Nacional, de la creación de un órgano escrito como fundamento de una labor

cultural, fundó en 1909, y en asocio del Profesor José María Montoya, "el Repertorio de Medicina y Cirugía". Luchando contra las dificultades económicas inherentes a esta clase de publicaciones, sostuvo "contra viento y marea" esa publicación hasta 1935. Con motivo de las Bodas de plata de su revista, la Academia Nacional de Medicina, aprobó una proposición de elogioso encomio por tan ardua y eficiente labor. Luchó con tenacidad de Aragonés por crear y despertar en los profesionales médicos la costumbre de escribir, de hacer conocer sus trabajos, de dominar esa modestia mal entendida que en muchas de nuestras glorias médicas sirvió de lastre y en cuya aplicación gran número de ellas sobrepasó la dosis terapéutica. El "Repertorio de Medicina y Cirugía". órgano hoy de la Sociedad de Cirugía, nos es a todos familiar; allí hicimos nuestros primeros ensayos, allí, unos aportamos el grano de arena, muchos los fundamentos de nuestra Patología autóctona. En el reconocimiento que todos debemos a Manrique por esta obra, tenemos que unir en un solo sentimiento a su compañero el Profesor Montoya. Quienes de manera tan desinteresada y eficiente sirven así a la ciencia y a la profesión merecen bien de la patria. Con justicia y con razón el gobierno colocó en sus pechos la Cruz de Boyacá. Sabiendo que esa insignia recuerda por su nombre un hecho de armas que selló de manera definitiva nuestra independencia e inició nuestra vida de hombres libres, sirve también para glorificar a los hombres que, conscientes de sus deberes de ciudadanos contribuyen con sus hechos y con su ejemplo a formar, a desarrollar y a engrandecer nuestro nombre como Nación.

Manrique fué también afortunado en la escogencia de la que debfa ser la compañera de su vida. A una sangre de rancio abolengo, a toda una ascendencia ilustre, una doña Belén Lorenzana las virtudes que encarna la mujer colombiana; ella fué su compañera de todos los momentos; con ternura y con talento fué la lámpara votiva que iluminó su existencia; el éxito y la desesperanza encontraban en ella el aplauso efusivo o el ánimo para la lucha. Hoy con su hija doña Amelia, son los ángeles custodios de una tumba, refrescada siempre con lágrimas de dolor y herederas dignísimas de una vida noble, discreta y ejemplar.

Los estudios sobre Antropología colombiana hicieron de Manrique un técnico en la materia. Quiso saber y adelantó mucho en su intento de conocer el origen del hombre en las Américas. Como Arqueólogo experto trató de arrancar a los siglos su secreto, interpretando o descifrando jeroglíficos; quiso sacar a las estatuas de San Agustín de su mutismo misterioso y con los cráneos de nuestros primeros pobladores, extraídos por él de cavernas de la altiplanicie, conversó sobre su origen, sobre sus cualidades y defectos. Aquí demuestra también Manrique sus condiciones de observador metódico; las medidas de esos cráneos, sus características anatómicas, la comparación con los de otras razas primitivas, le permitieron hacer una reconstrucción del aspecto general del chibcha, no solamente en su constitución fisiológica, sino en sus condiciones psíquicas y morales, que naturalmente no hacen honor a esa raza, que se presta a profundas reflexiones y que deben guiarnos como fundamento indispensable en las campañas de mejoramiento colectivo.

Según su descripción "el chibcha era un hombre pequeño de cuerpo, muy escaso de frente, de cara corta y ancha, con una separación exagerada de los ojos, nariz aplanada y de ventanas nasales grandes, de abdomen prominente y cuello corto". Actualmente dice, se encuentran en algunos rincones de Boyacá y Cundinamarca tipos que presentan todos los caracteres del Chibcha, sin poder asegurarse la pureza absoluta de la raza y nuestro bajo pueblo actual tiene todos los caracteres descritos como peculiares a los chibchas".

Se ve gozar a Manrique en la explicación de este fenómeno; como el niño que se solaza con su juguete predilecto trae aquí en ciernes las leyes de Naudín y de Mendel; las mismas que en sus lecciones de Patología General le sirvieran de tema para beneplácito de profesor y de discípulos. "El español que durante mucho tiempo no pudo traer a sus mujeres a estas lejanías se cruzó con la hembra indígena" y a la manera de los guisantes de flores rojas o de flores blancas, sobresale en la descendencia el carácter dominante o el carácter recesivo. No sé si para bien o para mal los caracteres chibchas fueron los dominantes en este mestizaje. Si Manrique no es muy pródigo en alabanzas sobre el aspecto físico de nuestros aborígenes, lo es mucho menos sobre las condiciones intelectuales y morales de los descendientes de Nemequene, Saquezazipa y Tisqueusua. "En la época de los Presidentes y de los Virreyes jamás se oyó decir de un movimiento subversivo netamente indígena". "Aquí no sucedió como en otros países americanos donde los mestizos llegaron pronto a posiciones destacadas. Los indios más o menos puros siempre estuvieron abajo. Es tan cierta esta afirmación y caló tan hondo esta noción aún entre ellos mismos, que en las reyertas populares el primer insulto que se lanzan a la cara nuestras gentes es el de "indio", expresión en la cual la palabra "indio" es proferida como estigma de inferioridad". Lástima de las barbas y bigotes que tienes en la cara", se oye decir a la carguera que insulta a un mestizo o a un blanco".

Más hay que sacar conclusiones de la poco amable fotografía que hace Manrique; a qué se deben esas deficiencias, ese estado de abulia y de pereza, ese complejo de inferioridad; a las malas condiciones higiénicas, a las deficiencias alimenticias, a la carencia de educación, a la ingestión de alcohol de mala y baja clase en forma de chicha, a la condición de raza sojuzgada desde tiempos ancestrales. Las grandes corrientes humanas, las grandes agrupaciones se hacen en los sitios en que existen medios de subsistencia adecuados, en donde los proteídos, los hidrocarbonados, las vitaminas, tan en boga, hacen un régimen alimenticio suficiente y balanceado.

Un capítulo muy interesante de la vida de Manrique, como si en él todos no lo fueran, es el que dedicó a sus actividades en el Asilo de locas, en su carácter de Director. Allí, con abnegación de apóstol, quiso prestar su contingente en el alivio de esas desgraciadas, pretendió y lo obtuvo en muchos casos, llevar la luz adonde reinaban las tinieblas.

Siempre inquieto y siempre joven en los estudios de investigación, ensayó el primero entre nosotros el choque insulínico en el tratamiento de la Esquizofrenia. Empapado previamente en los métodos de la Insulina de Sakel y del Cardiazol de Meduna, instruido en las técnicas de su empleo, como observador sagaz y honrado siguió paso a paso los resultados de su experimentación; llegó a conclusiones de enorme interés y contribuyó seguramente en las esferas médicas mundiales en la solución de problemas de tan vasto alcance científico y humanitario.

Con criterio sereno, no se dejó llevar por "el entusiasmo con que se acoge siempre a las innovaciones terapéuticas"; puso en práctica modificaciones personales a las técnicas primitivas, ensayó su asociación, comparó los resultados de uno y de otro, vió estadísticas, consultó autores, hasta llegar a formarse una opinión propia, como resultado de su observación y de su estudio.

En enunciados de admirable nitidez, apoyados en su experiencia, en la interpretación metódica del psiquismo de los enfermos y de su degradación mental, buscó en la terapéutica la destrucción de las ideas sobrevaloradas o polivalentes, haciendo, según su misma expresión gráfica, una exéresis, una

verdadera enucleación de los focos dispersos en la profundidad de la vida psíquica.

Amigo del tratamiento de Sakel en algunos casos, del de Meduna, en otros, llegó a precisar sus indicaciones, basadas todas en la captación de una sintomatología de microscopista mental.

Quien de manera desprevenida lee los trabajos de Manrique sobre estos temas de alta Patología; quien trata de escudriñar con ánimo sereno y con curiosidad científica la manera de ordenar, de interpretar, de palpar, pudiéramos decir, ese conjunto sintomático que sale de lo real, de lo objetivo, de lo material, no puede menos de admirar a estos psiquiatras, que a la manera del cirujano o del anatomista con el escalpelo, del bacteriólogo con su microscopio, ocupan mundos de completa anarquía, invaden zonas inmatrimoniales, escrutan regiones no tangibles y extirpan lesiones de naturaleza irreal.

Manrique fué también afortunado por la época en que le tocó actuar en el ejercicio profesional. Yo quisiera, sin herir susceptibilidades, llamarla "la Edad de Oro" o por lo menos el "Renacimiento" de la Medicina Colombiana. Fueron los tiempos del regreso al País de un conjunto de profesionales, que imbuídos y saturados de las enseñanzas adquiridas en Europa, sobre todo en Francia, volvían a su país natal a ponerlas en práctica, a revolucionar los métodos terapéuticos, a iniciar la era de la asepsia y la antisepsia, a ser consecuentes con las teorías de Lister y de Pasteur.

Discípulos unos de Charcot y Pierre Marie, otros de Collet y Dieulafoy, algunos de Doyen y Farabeuf, de Pinard y Terrier y muchos más, lograron adaptar, dar un golpe de timón de tal naturaleza a nuestros rudimentarios procedimientos de antiguas épocas, que imprimieron un sello definitivo y crearon una verdadera escuela.

A través de Pompilio Martínez, de Miguel Rueda Acosta, de Machado, de Guillermo Gómez, los Montañas, los Cuéllar Durán, los Márquez, los Cantillo, los Uribe, los Manrique, los Ucrós, pudimos asimilar, comenzamos a admirar y a tratar de hacerla nuestra esa ciencia francesa, que tanto honor le ha dado al mundo y que perdurará y se impondrá por los siglos y a pesar de todas las vicisitudes.

Nuestro escaso material quirúrgico, las dificultades, deficiencias e incomodidades con las cuales había que luchar en esos tiempos, creó en un selectísimo grupo de ellos, con calidad de visionarios, la idea de fundar una institución en donde fuese posible al mismo tiempo que servir al desvalido, concepto innato en todos los colombianos y crecido con caracteres de hipertrofia en el médico, desarrollar la Cirugía en Colombia y cumplir una labor docente. Fué como así se fundó la Sociedad de Cirugía, nació el Hospital de San José, institución que glorifica a sus iniciadores, enaltece al cuerpo médico y honra al país.

Y por último, Manrique fué afortunado por las circunstancias que rodearon su muerte. Como una luz que se extingue después de haber iluminado los campos del saber, como una vida que se entrega satisfecha de su acción, como un organismo que merece y acepta el descanso, de manera discreta se nos fué de las manos.

Hasta el último instante de su vida prestó a la Sociedad de Cirugía su consejo de hombre docto y prudente y allí en plena sesión, que por este hecho es para mí la más solemne que hayamos tenido, se separó de nosotros de manera definitiva.

Si su vida fué un ejemplo, su muerte es una enseñanza, que nos hablan fatalmente del premio o del castigo; la muerte del justo es un reflejo de su vida. Quien nada teme y nada debe muere tranquilo.

Ese sillón enlutado y esa bujía que arde ahora durante las sesiones de la Sociedad de Cirugía, colocada en el sitio en donde reclinó su cabeza para entrar en el sueño del que no se vuelve, son los símbolos que para sus compañeros de esa institución materializan la pena de haber perdido al compañero y la demostración de que su recuerdo será para nosotros imperecedero.

Aquí tenéis señores Académicos una síntesis de la vida de Manrique. La fe imperturbable en la bondad de su profesión existía en él a la manera de un instinto profundo, de algo que está en nosotros y que nos habla más alto que la triste realidad; quiero decir el espíritu del pasado, la solidaridad con lo que no desaparece. Los hombres como él son aquellos en que se encarna una forma de la conciencia ciudadana, que cumplen su destino humano como la hormiga trabaja, como la abeja fabrica su miel. Tenía la conciencia de su raza, creía en el arte de curar, en todo lo que anima y lleva en sí el soplo de la vida y a través de las nubes, que en nuestro cielo a nadie faltan, buscaba siempre un porvenir en el cual la pobre humanidad se aliviara de sus pesares y sufrimientos.

Señores Académicos:

Un heterogéneo grupo de sentimientos me embarga. Hablar de Manrique es cosa fácil, puesto que todo lo bueno y todo lo noble en él encaja; más el decirlo como es debido, ponerse a la altura de la función, para recordar la frase de otro querido maestro, no es obra simple. Aquí ustedes, el emplear su benevolencia y más allá el maestro ante cuya memoria me inclino reverente y ante quien quiero llegar con sinceridad y con afecto.

Homenaje a la memoria del Rector Profesor Eméritus doctor Luis Cuervo Márquez.

Al cumplirse el primer aniversario del fallecimiento del ilustre Profesor Cuervo Márquez, la Facultad de Medicina colocó en el salón rectoral un retrato al óleo, en una sesión solemnísimas del claustro de la Facultad y de selectos invitados al acto. Abrió la sesión el Profesor Decano doctor Marco A. Iriarte y el Profesor Jorge Bejarano leyó el discurso póstumo del Profesor Manrique. En seguida insertamos estas piezas oratorias.

Discurso del Profesor Decano de la Facultad de Medicina doctor Marco A. Iriarte.

Señores Profesores, señoras, señores:

Hace justamente un año una ola embravecida del río Zulia, privaba a la patria y a la ciencia de uno de sus hijos más ilustres.

La compleja figura del Profesor Cuervo Márquez, fué brillantemente destacada por el Profesor Maximiliano Rueda en la sesión que para honrar su memoria celebró la Academia Nacional de Medicina, y hoy la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional, cumple con el alto deber de colocar el óleo del ilustre Rector entre sus colegas, que han enaltecido la dirección de nuestra Facultad.

En los principios de su carrera médica, el doctor Luis Cuervo Márquez practicó la medicina en la simpática ciudad norteña de Cúcuta y allí comba-

tió denodadamente una epidemia de fiebre amarilla que asolaba la población. Fruto de su trabajo a la cabecera de los enfermos, fué la excelente monografía que sobre "La Epidemia de Fiebre Amarilla en Cúcuta", publicó en esa vez. Allí se encuentran atinadísimas observaciones sobre la sintomatología de la enfermedad, así como de los tratamientos que en su concepto debían aplicarse en cada caso.

Debo decir que apenas salido yo de los claustros universitarios e ignorante de las modalidades de esta enfermedad, que por motivo de nuestra última larga guerra civil, había invadido no solamente la hoya del río Magdalena, sino que se había encaramado hasta poblaciones situadas muy alto en las vertientes de nuestras cordilleras, fué espiritualmente el doctor Cuervo Márquez, con su excelente monografía de que hablo, mi compañero y mi guía, en los primeros pasos de mi profesión médica. A él acudía yo presuroso cada vez que alguna dificultad se me presentaba y con él resolvía los problemas que la complejidad de las manifestaciones morbosas de la enfermedad, me ponían vacilante.

Más tarde el doctor Cuervo Márquez fué llamado por la Facultad para regentar la Cátedra de Clínica Semiológica, puesto que desempeñó con una gran competencia y sabiduría, pero que desgraciadamente renunció porque sus múltiples ocupaciones no le permitían continuar al frente de ella.

En el año de 1931 el Profesor Cuervo era llamado para regir los destinos de nuestra Facultad y tuve el honor de que él me pidiera que lo acompañara en el Consejo Directivo de la misma.

Como Cuervo era hombre de una capacidad de trabajo extraordinaria, resolvió emprender la reforma del Reglamento, obra de enorme labor en la cual colaboraba no sólo él muy activamente, sino muchos de los Profesores de la Facultad, los más capacitados por sus conocimientos en el rodaje de ella y los miembros que formábamos el Consejo Directivo. Ese Reglamento rigió hasta hace muy poco los destinos de la Facultad y aún hoy día, gran parte del que tenemos tiene mucha de la substancia de la obra de Cuervo.

Allí pude apreciar yo las condiciones extraordinarias que adornaban al Maestro, al compañero y al amigo.

Miembro de todas nuestras sociedades sabias, el despierto espíritu de Cuervo estuvo siempre alerta para abocar los problemas científicos médicos o quirúrgicos, históricos o sociales que se debatían en las sociedades de las cuales era miembro activo y su verbo elocuente aclaró y solucionó problemas a la luz de su inteligencia despejada.

Pero si Cuervo fué un hombre científico en toda la acepción de la palabra, dedicó sus actividades a asuntos que nada tenían que ver con su educación médica. Cuervo fué agricultor; él sabía trazar el surco y recolectar el tubérculo y la espiga dorada de nuestros campos sabaneros; él cultivaba el café, que es y ha sido una de las fuentes principales de la riqueza nacional; Cuervo fué comerciante y durante mucho tiempo tuvo una de las más famosas Droguerías de la capital; Cuervo fué político y ocupó puestos en nuestros Cámaras Legislativas; Cuervo fué Ministro de Gobierno en donde demostró capacidades inexplicables en concordancia con sus estudios; Cuervo fué Diplomático y representó con brillo a la República ante países extranjeros; pero por encima de todo Cuervo fué un gran caballero, un gran señor y un amigo incomparable y precisamente por ello, otro gran señor, otro gran caballero, extraordinario por su ciencia como por las condiciones de amigo, fué designado para llevar la palabra y hacer en esta sesión el elogio del Profesor Cuervo; hablo del Profesor Julio Manrique.

Desgraciadamente la Facultad de Medicina se duele hoy de la desaparición de su ilustre representante en esta solemnidad pero el Honorable Consejo Directivo de la Facultad, queriendo honrar al mismo tiempo a los dos ilustres Profesores, ha resuelto que la oración que el Profesor Manrique tenía preparada para honrar la memoria del Profesor Cuervo, fuese leída en este acto, tributándole así el homenaje merecido al Profesor Julio Manrique.

El Consejo de la Facultad con grande acierto designó al distinguido Profesor Jorge Bejarano para que leyera el discurso y por consiguiente cedo la palabra al Profesor Bejarano.

El Profesor Jorge Bejarano.

Señoras, señores:

No es poco privilegio de mi vida, el que hoy me otorgan el señor Decano de la Facultad y su honorable Consejo directivo, designándome para que en esta ceremonia sea yo quien dé lectura al discurso con que el Profesor Julio Manrique, arrebatado ayer no más al cariño de los suyos y a la veneración de sus discípulos, había de saludar la entrada a este ilustre claustro, de un eximio conductor de sus destinos, el Profesor Luis Cuervo Márquez, quien fué decano de la facultad en reciente época.

Es con profunda emoción como cumplo este encargo, leyendo la admirable biografía que de aquella excelsa vida, trazó la pluma del Profesor Manrique. Y esa emoción es tanto más intensa e infinita cuanto que por estas páginas henchidas de amor e historia patrios, desfilan nombres que son caros a mi sangre y a mi espíritu.

El Profesor Manrique escribió este ensayo biográfico, pocos días antes de su muerte. Lo escribió con el corazón porque era en honor de su camarada. Esto pues da mayor solemnidad al selecto pensamiento que él vertió sobre estas páginas.

Mucho se ha escrito sobre el insigne médico, cuyo icono va a seguir presidiendo la marcha espiritual de nuestro instituto. Pero debo declarar que sobre esa vida ilustre, he oído dos estrados dignos de ella: el del Profesor Luis Patiño Camargo quien habló en la Academia de Ciencias para hacer el elogio de su compañero y este que vosotros vais a escuchar en seguida.

La pantalla cinematográfica nos ha traído en estos días la mágica visión de nuestra epopeya. Como raudos centauros cruzan por las llanuras los corceles de Bolívar, Páez y Santander. Pero en la pantalla de este estudio aparece también una visión de nuestra historia encerrada en los nombres de las ilustres familias de los Cuervos y los Márquez. Con ellos se completó el ciclo de nuestra libertad y tomó claros perfiles el de nuestra nacionalidad. En el colegio donde se forjó el alma de aquella generación, está presente todavía el alma de nuestra patria.

Yo no sólo evoco con este discurso del Profesor Manrique, el nacimiento de nuestra vida nacional, sino que leyéndolo me he sentido bajo la sombra de ese gran árbol de su saber y su inteligencia. También muchas veces en mi vida, me amparé y pude aislarme en el remanso espiritual del cuarto de estudio del Profesor Cuervo Márquez.

Con los ojos del espíritu veo ahora cómo se confunden en una sola gloria, esas dos almas que irradiaron tanta luz.

Escribió así el Profesor Manrique.

Señoras, señores:

Con la suave emoción de quien evoca algo muy grato para su espíritu, intento hacer delante de vosotros el elogio de nuestro ilustre compañero, de

nuestro insigne amigo el profesor Luis Cuervo Márquez. Entra su imagen a formar parte de la galería de decanos de esta madre facultad y hablo en nombre de ella, que me ha hecho el señalado honor de darme la palabra en esta ocasión, empresa ésta, que si muy por encima de mis limitadas facultades, si está de acuerdo con la estimación, con el cariño hondo y fundado sobre recios cimientos que siempre me inspiró esa bella estructura moral, esa inteligencia superior de lineamientos firmes y armoniosos de donde emanaba aquel atractivo singular que era dominio sobre su auditorio en la tribuna, dón de mando en los puestos directivos y encanto y deleite de sus amigos en la intimidad.

En las comunidades humanas, hombres de estas condiciones son raros aún en los más refinados centros de cultura y para que aparezcan se necesitan una conjunción de circunstancias excepcionales, entre las cuales, como en el caso de Luis Cuervo Márquez, lo que fueron sus antepasados, lo que se ganó de generación en generación y que fué acumulándose en la línea, refinó y combinó cualidades de la magnitud de las de don Rufino Cuervo, de las de José Ignacio de Márquez, autor el uno de la más alta obra de nuestro idioma y presidente el otro, alguna vez, casi niño de la confederación Granadina en cuyos destinos influyó de manera definitiva. Muchos libros han de ver la luz en el futuro sobre los hombres de estas razas privilegiadas. La enorme figura del filólogo dá tema para volúmenes; del presidente Márquez se escribe y se escribirá y a medida que el tiempo pasa se destaca entre los que más contribuyeron a la formación de nuestra auténtica democracia. Hay algo que no tardará en hacerse: la historia en que se narre la extraordinaria vida del general Antonio Basilio Cuervo, el noble vencedor del Salado, el soldado de la guerra de Secesión de los E. E. U. U. del Norte, el oficial de guerra de Crimea que murió en nuestro palacio presidencial ejerciendo la primera magistratura. Hermanos de don Rufino y de don Antonio, fueron don Angel, escritor que nos dejó bellos libros, en los cuales caritva tanto por la justicia de sus conceptos como por la intensidad de la narración y don Luis María quien pasó parte de su juventud en Europa, en donde recibió en grandes institutos una esmeradísima educación. Fué él el tronco de la ilustre familia de los Cuervo Márquez. La generación de bogotanos que llegó a los claustros universitarios en el penúltimo tercio del siglo pasado casi toda se educó en el plantel que dirigió don Luis María, en donde se implantaron métodos distintos de los conocidos hasta esa época que se fundaban en el temor al castigo. En el entonces moderno plantel, la vida en familia presidida por la ilustre dama hija del presidente Márquez, constituía la base de la formación del alma del niño que se completaba con lecciones de severos profesores que procuraban hacer de los educandos lo que fueron los que allí estudiaron: grandes caballeros, grandes señores y de maneras elegantes y sobrias, patriotas en la más noble acepción del vocablo. A donde quiera que ellos fueron lucharon con lealtad y con denuedo. Muchos llegaron a grandes alturas y todos, cuando hablaban de su colegio lo hacían con el entusiasmo de quien habla de un hogar querido; se complacían en evocar las deliciosas reuniones en las cuales, en compañía de señoritas de las primeras familias de la capital, como lo habrían hecho en sus casas, pasaban algunas tardes aprendiendo los bailes infinitamente discretos y elegantes de esa éra, de la éra Victoriana tan armoniosa y tan rica en admirables tipos humanos.

En todos los campos de las actividades colombianas de ese tiempo brilló alguno de los del Liceo de San José. En la política, en las ciencias físicas y naturales, en la medicina, en el derecho y en las bellas artes. Larga sería la lista de nombres ilustres que, como los Cuervo Márquez, lucieron entre los

mejores ya que en los campos de la política, del periodismo, de las ciencias médicas y naturales dejaron perdurable huella en libros que estarán siempre en lugar preferente de las bibliotecas. De los cultivadores de las bellas letras, los de Emilio; de las ciencias naturales, de la historia patria y de la medicina los de Carlos y los de Luis; y en las colecciones de los periódicos políticos dirigidos por Rufino, las ardientes polémicas y las macizas exposiciones de doctrina.

Luis Cuervo completó sus estudios de literatura y filosofía en el Colegio de San Bartolomé que dirigió el Profesor Vargas Vega, en donde por aquel entonces se trabajaba con grande intensidad en un medio austero, dominado por la práctica de severas disciplinas que formaban hombres estoicos sólidamente preparados para luchar en cualquier campo y para entrar a las facultades mayores bien preparados. A la escuela de medicina llegó entonces un selecto grupo que en los claustros de Santa Inés y de San Juan de Dios trabajó con entusiasmo bajo la dirección de Andrés María Pardo, de Manuel Plata Azúero, de Nicolás Osorio, de José Vicente Uribe, para no citar sino aquellos que de manera definitiva influyeron en las mentes de ese grupo de jóvenes selectos.

Luis Cuervo fué un gran estudiante: dejó en la Facultad el recuerdo que dejan los mejores, y apenas salido de los claustros, tomó el camino que en esos heroicos tiempos tomaba con frecuencia lo más granado de la juventud: el campamento. Intrépida es la teoría sostenida por algunos de nuestros escritores que afirman que la mejor escuela de los dirigentes del siglo pasado fué la guerra civil, ese género de guerra que vimos varias veces los que hoy estamos terminando la jornada final. Mordidos por el frío de las alturas, agobiados por el calor de los valles, arrojando peligros y peleando en tremendas batallas, se formaban hombres de recia contextura moral, valientes para todas las peleas y conocedores de todos los tipos humanos que forman nuestra nacionalidad. Los médicos que asistieron a esas luchas además de un valor personal a toda prueba, necesitaban desarrollar facultades creadoras: necesitaban adaptarse a excepcionales circunstancias. Cuánto ingenio, cuánta energía, había que desplegar para atender a los enfermos y a los heridos en un hospital de campaña; y sí como en el caso de Cuervo Márquez, los teatros de las operaciones eran las montañas de Antioquia, las márgenes del San Jorge y las llanuras de Bolívar, en donde todo falta y en donde, para conseguir alivio para las víctimas de la enfermedad y de las balas había que llevar la abnegación hasta límites inconcebibles para la mente de un médico de ciudad.

En la guerra de 1885 en un caney, depósito de tabaco, en las llanuras vecinas a la ciudad de Honda, el doctor Manuel Cantillo condiscípulo y amigo íntimo de Luis Cuervo, cuidaba un grupo de heridos graves, despedazados por las balas de un feroz combate. Cantillo era el cirujano de las fuerzas liberales que se retiraban en plena derrota: él solo se multiplicaba tratando de aliviar a tanto desgraciado; el calor era insoportable; la sed devoraba las entrañas de los heridos; las drogas sedativas se habían agotado y los apósitos para las heridas faltaban por completo. Cantillo, con ese temperamento estoico, aceptando como era su lema las cosas como venían, repartía los pocos elementos de alivio que estaban a su alcance; sus compañeros de armas huían perseguidos por el enemigo, en tanto que él permanecía con sus heridos en cumplimiento de un imprescindible deber. Las tropas victoriosas llegaron al improvisado hospital de sangre; la primera persona que penetró en él fué Luis Cuervo Márquez. Los dos amigos se saludaron con gran cariño y tras breve conferencia resolvieron que Cantillo partiera inmediatamente a

buscar a sus compañeros que se retiraban llevando algunos heridos graves, mientras que Cuervo se hacía cargo de los desgraciados del caney. Este era el tipo de esos hombres. Como médicos, apenas comenzada la guerra, cada cual escogió el campo de sus simpatías para ir a prestar sus servicios; y al encontrarse en el hospital en medio de los heridos, su único pensamiento fué que nadie quedara abandonado, que sus preciosos servicios beneficiaran a liberales y conservadores, porque en esos terribles momentos antes que todo ellos eran médicos, y su misión era la sublime misión de consolar: su anhelo salvar vidas por medio de su ciencia. Ellos eran la vida en los campos de la muerte, eran los soldados del ejército que combatía contra el dolor. Dura fué aquella campaña durante la cual los ejércitos del general Briceño fueron desde el corazón de Antioquia hasta las márgenes del Caribe, atravesando ríos, abriendo trocha por entre la selva virgen y soportando como castigo de todas las horas, las nubes de insectos voraces inculadores de las fiebres mortíferas, o en las llanuras ardientes los tormentos de la sed o las enfermedades consecuenciales a la ingestión de aguas contaminadas. Para hacer frente a tanta calamidad, únicamente un médico, un joven, que sólo gracias a prodigios de abnegación, multiplicándose durante los combates para atender a los heridos y durante las jornadas de avances para aliviar a los enfermos y a los agobiados. Escuela durfísima la de esos facultativos que cada día tenían que afrontar situaciones de urgente solución, dado que del tino que se tuviera en resolverlas dependían la vida o la salud de muchos seres humanos. Qué de privaciones, qué de noches de vigilia con la angustia del asalto y en veces en la imposibilidad de atender al doliente reclamo de los heridos. Con la vigorosa inteligencia de Cuervo, con ese dinamismo que fué una de las salientes cualidades de su armoniosa personalidad y con ese dón especial de las almas superiores de encontrar siempre el consuelo oportuno. Esta primera jornada de su vida profesional, dejó en sus favorecidos imborrables recuerdos evocados siempre con gratitud y con admiración. Allá fué donde por primera vez se puso en contacto directo con las terribles enfermedades tropicales; allá le hizo frente a epidemias de disentería, de fiebre amarilla, de paludismo. Allá vió morir por centenas a las víctimas de estas enfermedades, más activas entonces para segar vidas en las funciones de guerra, que la misma metralla en las batallas campales; y allá desarrolló esa intrepidez esa serenidad que manifestó siempre ante todos los peligros. Por eso cuando la vida lo llamaba a los halagos de la ciudad; cuando su posición social y su posición política le habrían permitido vivir holgada y cómodamente en la capital; llevado por el anhelo de investigación se fué adonde reinaba la fiebre amarilla, adonde era seguro que el forastero contraería la enfermedad que podría matarlo en pocas horas, único precio para adquirir la inmunidad salvadora. Y en esa Cúcuta siempre querida para él, desarrolló sus magníficas dotes de médico y de luchador; en poco tiempo conoció el éxito profesional; y allá coronó la más bella de sus aspiraciones uniéndose a la que fué luz y norte de su vida, consuelo de sus penas, alentadora en sus grandes empresas. Y al lado de esa dilecta compañera, en convivencia íntima, en absoluta comunión espiritual recorrió la parte ardua de su vida de luchas, de su vida de triunfos, de su vida de éxitos. Pequeño era el horizonte de una clientela médica en una capital de provincia para las grandes aspiraciones y las magníficas aptitudes de Luis Cuervo Márquez y pronto la política lo atrajo; era orador, era escritor, era patriota, ¿cómo esquivar el tomar parte en la cosa pública? Muchos de los hijos de esta escuela de Medicina han seguido ese camino y algunos han llegado a grandes alturas. Es cierto que la antitesis de un militar es un médico y sin embargo, ¡cuántas veces nuestros militares han es-

tado regidos por un facultativo desde el sillón del ministerio de Guerra! Cuervo en el parlamento y en diversos ministerios del despacho ejecutivo hizo obra maciza, densa; llegó hasta donde se puede llegar; al ejercicio del poder Ejecutivo. Otros escribirán sobre este tema; tócame a mí rememorar otros aspectos de la vida multiforme de nuestro compañero.

Los hombres proyectan su personalidad en el medio en que viven. El salón-escritorio en donde Cuervo escribió sus libros, pensó sus discursos y gerenció sus múltiples negocios, en cada uno de sus detalles, llevaba el sello de su alma de artista, de su personalidad privilegiada. La luz penetraba allí por grandes ventanales discretamente amortiguada por elegantes cortinajes. Sobre el escritorio de purísimo estilo Imperio un bronce de Epigonius que representa el supremo dolor del Galo herido; al frente el Cristo de marfil de sus mayores, obra de famoso artista Florentino inclina su cabeza Divina de Ojos entreabiertos, con sublime expresión de infinita dulzura; la hidalga figura de don Luis María se destaca entre las estanterías en cuyos anaqueles hay libros, muchos libros, de ciencia, de arte, de historia, todos leídos, todos comentados y analizados. Allí pasaba muchas horas, tantas cuantas fueran necesarias para llenar la jornada de trabajo voluntariamente impuesta, que aunque fuera muy larga era soportada sin señales de cansancio. Allí fué donde lo conocí íntimamente y en donde pude apreciar sus excelsas cualidades. En las elecciones bianuales de la Academia Nacional de Medicina, en el año 12 fué elegido presidente de la corporación Luis Cuervo Márquez y por especial fortuna para mí, se me honró con el puesto de Secretario. La Academia pasaba por una crisis peligrosa. Muchos de sus miembros más importantes habían muerto y los demás habían perdido el entusiasmo, el fervor que ha de mover a los cuerpos colegiados para que sus labores sean efectivas. Muy de cuando en cuando se conseguía el quorum necesario y asuntos importantes esperaban inútilmente su despacho en la mesa de la secretaría. Apenas entró en funciones la nueva junta directiva aquello cambió. Cada uno de los académicos recibió la visita del nuevo presidente y cada visita convirtió al tibio en entusiasta, al remiso en un trabajador. Algunos valiosos elementos del cuerpo médico que deseaban formar parte de la colectividad y que luego han sido ilustres académicos, fueron atraídos por el nuevo presidente; las sesiones se verificaron en los días reglamentarios, excelentes trabajos científicos afluyeron, cuyas discusiones despertaron el interés por los grandes problemas de nuestra higiene y de nuestra medicina. Fué entonces cuando se trataron asuntos de la trascendencia de la aparición de la peste bubónica en nuestro litoral y la destrucción del acridio devastador por medio del organismo de Herell. Mucho hacía que se deseaba reunir a los más distinguidos miembros del cuerpo médico nacional en un congreso en el cual pudieran dar a conocer el resultado de sus investigaciones. El presidente de la Academia venció inconvenientes, convenció a todo el mundo, estimuló a los que consideraban imposible el viaje y organizó el famoso congreso médico que se reunió en Medellín el 19 de enero de 1913 bajo la presidencia de Luis Cuervo Márquez como presidente que era de la Academia Nacional de Medicina. Gran acontecimiento científico fué aquel; en Colombia sólo dos veces se habían reunido los médicos en congreso; una vez en Bogotá a fines del siglo pasado y otra en las llamadas sesiones científicas del centenario, que sí lucidas fueron, tuvieron un carácter local por la circunstancia adversa de las grandes dificultades que presentaban entonces los viajes a través del país. Para concurrir al congreso del año 13 a Medellín los que fuimos de Bogotá necesitamos trasbordar doce veces, pero a pesar de todo y gracias a la excelente organización previa, allá llegaron médicos de todas las regiones de Colombia, aún de las más le-

janas y con entusiasmo, con fervor trabajaron en sesiones en las que se suscitaron discusiones de capital importancia para la higienización del país, para el adelanto de nuestra cirugía, para el progreso de nuestra medicina. En estas reuniones Pablo García Medina, Montoya y Flórez, Pablo García Aguilera, José Tomás Henao, Miguel Arango, Ricardo Fajardo Vega, para no citar sino algunos de los ya desaparecidos, acompañados por esa generación entonces joven, hoy ya en el ocaso de la vida, a la cual tanto debe la ciencia nacional, llevaron a cabo obras grandes que perduran en los volúmenes en los que aparecen detalladas todas las discusiones, todas las memorias y todos los trabajos en que tomaron parte más de ciento cincuenta congresistas médicos, impulsados por la contagiosa actividad de Cuervo.

En la segunda sesión de este congreso dedicada a medicina tropical se trató el tema de la fiebre amarilla; era relator el doctor Toro Villa de Medellín y la discusión fué de gran interés. Cuervo Márquez maestro en la materia, autor de un bellissimo libro sobre el asunto, disertó acerca de la historia de la horrible peste entre nosotros y discurrió con maestría sobre cada una de las epidemias que en el pasado asolaron al continente nuevo, y en especial puntualizó lo acontecido en Colombia. Erudición profunda, dotes de gran expositor y maduro criterio científico fueron las características de esta su primera intervención en las discusiones del congreso, que la segunda fué una magistral memoria sobre el consumo de las bebidas alcohólicas en Cundinamarca. En esas páginas Cuervo hizo hablar a las cifras y clamó porque el Estado interviniera con el fin de disminuir por todos los medios posibles el consumo del veneno. El Estado, dice el autor en una de sus conclusiones "no puede propender para que se ensanche el consumo de el alcohol con el fin de aumentar sus rentas; este sería simplemente criminal... El Estado no puede dejar de dictar una medida que restrinja el consumo del alcohol, aun cuando esta medida perjudique industrias establecidas. Lo contrario equivaldría prescindir el Estado de todos los asuntos de higiene y de interés vital para los asociados". Y estas tesis están sostenidas por números que en este caso sí es verdad que resultan elocuentes.

Este congreso tuvo un alcance muy grande tanto en el avance de la medicina y de la higiene como en lo relativo a las relaciones entre los profesionales del país.

La escasez de buenos caminos, hacía que los condiscípulos no se volvieran a ver una vez salidos de los claustros universitarios. El tiempo se encargaba de relajar los lazos de amistad adquiridos en la universidad y los esfuerzos aislados se perdían por falta de cooperación; apenas si por conducto del único periódico médico que había en Colombia, de cuando en cuando se sabía de las investigaciones de los colegas que habitaban en remotos lugares. En este congreso se encontraron amigos de todos los ámbitos del país quienes a más de reanudar viejas amistades discutieron sus ideas, sostuvieron sus teorías y ya en actos sociales, o en reuniones de carácter puramente científico, consolidaron vínculos sobre bases de admiración y de respeto en beneficio neto de la comunidad colombiana. Y ésta fué la obra de la junta organizadora del segundo congreso médico nacional en donde al dinamismo, a la eficiencia de Cuervo Márquez se sumaron las grandes dotes de sus compañeros y no es exagerado decir que este congreso constituye el más trascendental acontecimiento de la vida científica del país, tanto por la excelencia de los estudios que allí se discutieron como por la talla de los señores congresistas que a él asistieron.

Todos vosotros conocéis la magna obra de la Sociedad de Cirugía de Bo-

gotá, el Hospital de San José, modelo de construcciones higiénicas, refugio de enfermos menesterosos y centro de difusión científica.

Por decenas de miles se cuentan ya los enfermos que han sido protegidos bajo el techo del magno edificio, y muchos son los cirujanos que se han formado en sus salas y que son honra de la ciencia colombiana. Fruto es esta obra de la abnegación tesonera de un grupo de médicos filántropos que inspirados en el amor al desgraciado enfermo, dieron y pidieron la limosna bendita en las chozas y en los palacios; contribuyeron ellos mismos con generosas dádivas y gerenciaron diestramente los abundosos frutos de la caridad bogotana. Eran de una misma edad y sus carreras fueron paralelas Juan Evangelista Manrique y Julio Z. Torres quienes fueron los mayores de ese grupo de médicos que fundaron la sociedad de cirugía en los calamitosos momentos en que la última de nuestras guerras civiles destrozaba las entrañas de la Patria; su compañero de infancia, su amigo y discípulo Cuervo Márquez se hallaba ausente del país en la época de esos grandes acontecimientos y por eso no estuvo con ellos en aquel acto cuya memoria perdurará mientras exista esta ciudad capital. Los nombres de estos fundadores están grabados en mármol que recuerda a quien entra al grande hospital, quiénes fueron sus egregios iniciadores. Apenas libre de las obligaciones que por años le mantuvieron alejado de la capital, Cuervo advino a la gran sociedad que lo recibió con los brazos abiertos y con el empeño que él sabía poner en toda empresa noble, abrazó la obra del hospital de San José con más amor, con más cariño que si se tratara de cosa propia. En los anales de la institución se guarda la memoria que presentó a la Sociedad después de uno de sus viajes al Canadá, sobre la manera como debía organizarse el futuro hospital siguiendo las normas de la organización hospitalaria de aquel país y aunque el edificio del nuevo hospital apenas empezaba a techarse, se discutió sobre el tema propuesto por Cuervo y mucha de la actual organización del San José surgió de aquella interesante exposición. Los servicios que van a prestarse en los pabellones destinados a los indigentes, no son gratuitos sino nominalmente; alguien, entidad o persona paga por el paciente; no sería mejor, decía el doctor Cuervo, que este pago se hiciera directamente? Aún está en pie este postulado y de su implantación podrían las instituciones hospitalarias derivar grandes beneficios.

En la sesión conmemorativa del aniversario de la muerte de Juan Evangelista Manrique, Luis Cuervo Márquez pronunció una oración en la que reveló toda su alma de artista, al evocar con ternura los dulces recuerdos de su infancia pasada en compañía de su dilecto amigo desde entonces, amistad que no se interrumpió jamás. Los dos niños que comenzaban sus estudios en el colegio de San José regentado por don Luis, solían pasar los domingos en excursiones a los alrededores de Bogotá, trepando por los cerros para contemplar la belleza de la sabana en cuya lejanía occidental sobre fondo azul velado por sutil cortina de niebla se levantan los conos altísimos de los nevados, las mesas cortadas de los páramos que brillan con ese blanco deslumbrador de la nieve que sólo se ve en las grandes alturas andinas en las mañanas despejadas; y vagando al acaso por los senderos de la montaña por entre los matorrales agrestes, elegían un lugar sombreado en donde a medio día consumían el fiambre que manos cariñosas habían colocado en el maletín de los viajeros; y entonces venían, nos dice Cuervo, las narraciones llenas de interés de las proezas de los mayores, de las pequeñas aventuras de los veraneos y de las pinturas de las abuelas que contaban sus recuerdos de los hombres de la guerra magna. Y así cruzando senderos, atraídos por esa naturaleza tranquila, aguardaban hasta que los arreboles rojos de la tarde los sor-

prendían para descender de las cumbres. ¡Cómo amó Luis Cuervo la naturaleza! Cuando su vida era más activa, cuando las tareas del Gabinete Ejecutivo o de las grandes empresas comerciales lo obligaban a trabajar en exceso, hufa de la ciudad, y en busca de reposo se sumergía en el silencio de los campos sabaneros o en la atmósfera embalsamada del cafetal; a veces emprendía viajes a remotas tierras, en busca de paisajes nuevos, de horizontes desconocidos; y así recorrió todo el país y como fruto de sus observaciones nos dejó su geografía médica de Colombia, libro escrito en plena madurez después de haber sido profesor de la clínica de Patología General; libro vivido, si se me permite la expresión tratándose de un libro de ciencia, dado que Cuervo conoció directamente las enfermedades de que trata estudiándolas en el hospital y en el campamento.

“Al cerrar el libro de Cuervo, —dice el crítico del Repertorio de Medicina y Cirugía—, quedó en nuestro espíritu esa sensación agradable que queda después de una conversación científica con quien, con grande inteligencia expresa ideas y conceptos maduros, hijos de información propia, obtenida por la constante labor de observación y de asimilación, de que sólo son capaces las altas inteligencias que, como don Divino, pueden con la mera pluma dar la dádiva de su talento en beneficio de la comunidad”. Y razón tenía este crítico: cada vez que Cuervo habló en público, así en las academias como en los parlamentos, atildado y elegante expresó su pensar; decidido y firme sostuvo sus convicciones y siempre llevó al ánimo de sus oyentes y de sus lectores la emoción que se siente cuando se lee algo bello, cuando se escucha algo armonioso. El no tuvo decadencia; fué siempre joven. En su última oración, el elogio que hizo ante la Academia de Medicina de su compañero de infancia Carlos Esguera, con férvido cariño, con la elocuencia sóbria de que sólo son capaces las almas jóvenes y las inteligencias completas, destacó la austera figura del gran médico, del inolvidable profesor, cuya vida modelo influyó de tan alta manera en la historia de nuestra medicina nacional y en la historia de esta madre Facultad.

Con mano experta rigió esta facultad, cuyos problemas abordó y resolvió, así los grandes como los pequeños, con el tino y la seguridad que le dieron su larga práctica en el manejo de los hombres. Y entre los profesores y los alumnos dejó el recuerdo de una época de aciertos y de progresos. Fué partidario decidido del plan francés adoptado en esta Escuela desde su fundación como el más apropiado a nuestros medios y el más de acuerdo con nuestra índole.

Y aquí, al lado de sus maestros, Pardo, Buendía, Osorio y Zerda al lado de su compañero Carlos Esguera y enfrente de sus amigos Hipólito Machado y Pompilio Martínez, nuestra escuela, nuestra vieja escuela sabrá guardar esta efigie pintada por artista de fina inteligencia que supo fijar en el lienzo su figura de líneas breves, con sus ojos llenos de energía y de inteligencia, que cuando sonreía, le daban a su fisonomía un encanto, un atractivo, que eran sin duda uno de los elementos de ese “charme” con que inflaba en sus oyentes y los disponía a aceptar complacidos, sus puntos de vista en las discusiones; sus mandatos desde los puestos directivos. Todo en él era armonioso; su cabeza fina, su alta frente, su andar ágil, los sobrios movimientos de sus manos cuando hablaba; su voz suave en la conversación íntima que adquiría en tribuna tonos agradables que le daban a su elocuencia un carácter muy propio. Todos los que oímos no podremos olvidar nunca la honrada impresión que en sus oyentes produjo el magnífico discurso, que, como presidente de la Academia Nacional de Medicina, pronunció el 20 de julio de 1913 en el Teatro de Colón, en la reunión plena que celebraron las academias

de la Lengua, de Medicina, de Historia y de Jurisprudencia, ni la valiente oración pronunciada al pie de la estatua de Francisco de Paula Santander el día de la celebración del centenario del nacimiento del más grande de los colombianos.

Vida intensa la de este gran ciudadano: fué siempre joven y como si su destino hubiera querido evitarle las amarguras de la decadencia, en plena actividad, en una esplendorosa mañana tropical, el gran río apagó entre sus ondas esa vida, que triunfante había desafiado el paso de los años y como epitafio glorioso quien quiera que lo recuerde dirá "fué digno de su nombre, fué uno de los poderosos ejemplares de su raza".